



HARRY SIDEBOTTOM

EL TRONO DEL CÉSAR

FUEGO Y VICTORIA




ESPASA

HARRY SIDEBOTTOM

EL TRONO DEL CÉSAR.
FUEGO Y VICTORIA

Traducción de Julio Hermoso


ESPASA

Título original: *Fire and Sword*

© Ballista Warrior of Rome Limited, 2017

© por la traducción, Julio Hermoso, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© de los mapas del interior: John Gilkes, 2016

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-670-6078-2

Depósito legal: B. 14.937-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

ROMA

TEMPLO DE CONCORDIA AUGUSTA, SEIS DÍAS ANTES
DE LAS CALENDAS DE ABRIL, 238 D. C.

—¿Muertos? ¿Los dos? ¿Estás seguro?

De pie ante el Senado de Roma, el viejo liberto se mostraba impertérrito sometido al brusco interrogatorio del cónsul.

—Gordiano el Joven murió en el campo de batalla. Cuando Gordiano el Viejo me dio la orden de trasladar a un lugar seguro lo que quedaba de su casa, su pensamiento estaba en el suicidio.

Licinio Rufino se inclinó sobre la tribuna consular.

—¿Estaba con él su guardia personal?

—Estaba solo.

—¿No viste tú cómo se quitaba la vida?

Aquello no tenía utilidad ninguna. Pupieno se recostó en su asiento y dejó que la mirada se le perdiese por el inmenso interior del templo, que recorriese la miríada de esculturas y pinturas parcialmente oscurecidas por la penumbra. Valente llevaba toda la vida al servicio de Gordiano el Viejo como *a cubiculo*, desde antes del mismísimo diluvio. Había servido bien a su señor cuando éste se encontraba vivo, e iba a hacer lo mismo ahora que estaba muerto. Sus pruebas no dejaban lugar a dudas. Los emperadores aclamados por el Senado estaban muertos. No ha-

bía interrogatorio de ningún jurista capaz de traerlos de vuelta.

Pupieno se hallaba frente a un cuadro pintado por Zeuxis que colgaba suspendido por encima de las cabezas de los senadores: Marsias atado de manos y pies al árbol, desnudo, y ya se retorció por el martirio. A sus pies, el esclavo escita estaba afilando el cuchillo y alzaba la vista hacia el hombre al que iba a desollar vivo. Con los Gordianos muertos, todo senador en aquel templo podría esperarse un destino similar cuando Maximino descendiese del norte y tomara Roma. Maximino era tracio, un bárbaro. No eran muy distintos de los escitas: la razón y la compasión les eran desconocidas. La clemencia no formaba parte de su naturaleza.

Dieron permiso a Valente para que se retirara, y abandonó la estancia. Cómo envidiaba Pupieno a aquel viejo, antes esclavo: la propia falta de claridad en su condición social podría acabar siendo su salvación. No había tal esperanza para él, ninguna esperanza para el hombre al que habían nombrado prefecto de la urbe con el fin de que supervisara la ciudad en nombre de los Gordianos. Ninguna clase de esperanza para el cómplice en el asesinato de su predecesor, Sabino, el elegido por Maximino. Demasiado tarde para cambiar de bando, y las soluciones de compromiso no eran una opción. Había que adoptar alguna otra senda más desesperada.

Como magistrado presidente, Licinio hizo un llamamiento a los padres conscriptos para que ofreciesen sus consejos.

En el tenso silencio, Pupieno hacía girar el anillo que llevaba en el dedo corazón de la mano derecha, el anillo que contenía el veneno.

Para alivio de todos, Galicano solicitó la venia para dirigirse a la asamblea.

Pupieno observaba al orador con desaprobación. Una

maraña de cabellos y barbas sin aseo, una toga casera en vez de túnica, los pies descalzos: la ostentosa muestra de una sedicente virtud antigua. Lo único que le faltaba era un cayado y un zurrón para las limosnas y habría sido la reencarnación de Diógenes. Pupieno pensaba que los filósofos cínicos debían abstenerse de la política: desde luego, no debían contar con las propiedades requeridas para gozar de la condición de senador. Confiaba en que su repulsa no se le notara en el semblante.

—Un tirano se abate sobre nosotros. Un monstruo con las manos manchadas de sangre. Padres concriptos, hemos de recobrar nuestro ancestral coraje.

Bien cierto todo ello, aunque Pupieno consideraba que hacía falta algo más que retórica. Aquel trance desesperado requería de propuestas específicas. El Senado odiaba a Maximino por haber asesinado a sus parientes y amigos, por las continuas exacciones para pagar unas guerras en el norte que no era posible vencer. Lo aborrecían por la falta de respeto que el tracio mostraba hacia su orden. No había puesto un pie en la Curia desde su ascenso al trono, ni siquiera había visitado Roma. En última instancia, lo detestaban porque no era uno de los suyos. Cuando llegó la noticia de la revuelta de los Gordianos en África, aquello les pareció una bendición de los dioses. El Senado había votado y les había otorgado la púrpura, le había negado a Maximino y a su hijo el agua y el hogar, los había declarado enemigos de Roma. El Senado había actuado de manera precipitada; se la había jugado y había perdido, y ya no le quedaba más opción que volvérsela a jugar. Lanzar los dados una última vez: elegir a un nuevo emperador.

—Un voraz tirano viene del norte despiadado. Hemos de defender a nuestras familias, nuestros hogares, los templos de nuestros dioses. Debemos unirnos a filas nosotros mismos. Elegir a otro tirano con la esperanza de que nos defienda del otro que ya se acerca es una insensatez.

Aquellas palabras irritaron a Pupieno. Todavía no se había nominado a ningún candidato. Era demasiado pronto para las invectivas de carácter personal. A menos que..., no, Galicano no iría a proponer aquel plan descabellado que ya había aireado en casa de Pupieno tres años atrás, cuando llegó la noticia de que el emperador Alejandro había sido asesinado, ¿verdad?

—Situemos a un hombre por encima de la ley, y se convertirá en alguien que no la respeta. El poder corrompe. Aun en caso de hallar a un hombre con la virtud de resistirse a la tentación, un hombre que gobierne para los demás y no para sí, la historia nos muestra que los herederos de su cargo serán unos tiranos que gobernarán para su propio y perverso placer.

El pequeño círculo filosófico encabezado por Mecenas, el amigo especial de Galicano, se remangó los deshilachados pliegues de la toga y aplaudió. La mayoría de los senadores, todos con mejores indumentos, permaneció sentada en silencio.

—No estoy sugiriendo nada nuevo, nada que nos sea ajeno. Que los dioses nos salven de instituir una democracia radical. El pasado ateniense demuestra con qué rapidez deviene semejante constitución en el gobierno del populacho. Ni siquiera propondré que seamos nosotros, los senadores, quienes tomemos el poder y gobernemos como una aristocracia: todos los estados de ese corte se han deformado de manera inevitable para convertirse en una oligarquía donde unos pocos hombres ricos pisotean a sus conciudadanos. No, lo que yo defiendo es que regresemos al gobierno de nuestros ancestros. Roma se hizo grande en forma de una república libre. Todos los órdenes de los hombres conocían sus deberes y conocían su lugar. Los cónsules encarnaban el elemento monárquico; el Senado, el aristocrático; las asambleas del pueblo, el democrático. Todo quedaba en un equilibrio armónico. Siendo una república, Roma

derrotó a Aníbal. Siendo una república, Roma derrotará a Maximino. Ya hemos elegido un consejo de veinte hombres para que lleven a cabo la campaña bélica. No tenemos ninguna necesidad de un emperador, ninguna necesidad de meter la cabeza bajo la bota de un autócrata. Padres conscriptos, no tenemos que hacer nada para restaurar la república. La providencia de los dioses que cuidan de Roma ha hecho que la república vuelva a la vida. ¡Hagámonos con nuestra libertad! ¡Que *libertas* sea nuestra consigna!

Galicano, la probidad arcaica personificada, miró desafiante a los escaños de los togados inmovibles. Meceñas salió al frente, rodeó con el brazo los hombros de su amigo y le susurró algo al oído. Galicano ya no ladraba como un perro cínico, sino que sonreía como un joven inseguro que busca la aprobación a pesar de sus más de cuarenta años.

Pupieno se quedó ligeramente sorprendido al ver que Fulvio Pío salía a la palestra. Su carácter inofensivo, y no su capacidad, habían aupado a Pío al consulado y después al Consejo de los Veinte. Su carrera no se había distinguido por la independencia de su pensamiento ni de sus actos, ni tampoco por sus muestras de valor.

—Magníficas palabras para una clase de filosofía. Magníficas para dirigirse a dos o tres discípulos. Del todo inapropiadas para dirigirse a esta augusta asamblea.

Desde su elección para los Veinte, no sólo había surgido una cierta iniciativa en Pío, sino una inesperada acritud.

—No voy a entrar en un diálogo filosófico con Galicano. No es éste el lugar ni la hora de debatir las materias propias del estudio. Debemos, en cambio, afrontar la realidad. Nadie lamenta con más intensidad que yo que decayera la república libre: los bustos de Catón, Bruto y Casio ocupan un lugar de honor en mi casa, pero la república libre no es más que un plácido recuerdo. Y por si no fuera-

mos nosotros capaces de verlo con nuestros propios ojos, el historiador Tácito nos enseñó que el gobierno de un emperador y la continuación de nuestro imperio están unidos de manera inextricable.

Aún abrazados, Galicano y Mecenas fulminaban al orador con la mirada.

—Sólo unos pocos hombres, engatusados por la elevada melodía de la jerga filosófica, desean el regreso de una república ya difunta desde tanto tiempo atrás. La mayoría de todos los demás órdenes desea este *statu quo*. Los provincianos pueden apelar al emperador en contra de las decisiones injustas de sus gobernadores, la plebe urbana dirige su mirada al emperador en busca del sustento de su vida y de los espectáculos que hacen que merezca la pena vivirla. Los milites reciben su paga del emperador y le entregan su juramento. ¿Y los pretorianos? La sola razón de su existencia es guardar al emperador. ¿Y qué hay de nosotros, padres conscriptos? Sin un emperador que les ponga límite, las ambiciones de ciertos senadores volverían a desgarrar la república. Un maremágnum de luchas intestinas consumiría nuestros ejércitos. Los bárbaros cruzarían nuestras fronteras en tropel, saquearían nuestras ciudades, ahogarían en sangre nuestro dominio.

—¡No si retornamos a las costumbres de nuestros antepasados! —voceó Galicano.

Pío sonrió como quien corrige con suma paciencia a un escolar.

—La *mos maiorum* no sirvió de defensa contra César ni contra Augusto. No vivimos en la República de Platón. Afrontemos los hechos como hombres de Estado. Debemos contar con un emperador que lidere nuestra defensa. El destino de los Gordianos nos demuestra que el hombre elegido ha de comandar legiones. Así como los ejércitos del norte están con Maximino, enviémosle la púrpura al gobernador de una de las grandes provincias de Oriente y su-

pliquémosle que marche con toda premura para salvar Roma.

Galicano vociferó desafiante:

—¡Cobardía! ¡Quizá los dioses no vuelvan a conceder-nos jamás otra oportunidad de liberarnos!

Entre el griterío de desaprobación —«¡Que se siente! ¡Fuera de ahí!»—, Mecenas tiró de su amigo de regreso a su escaño.

—Padres conscriptos. —A Licinio le costaba hacerse oír por encima de aquel clamor—. ¡Senadores de Roma!

La asamblea terminó por prestar atención al cónsul.

—Padres conscriptos, el distinguido consular Fulvio Pío nos ha ofrecido un buen consejo, en todo salvo en una cuestión: los mismos aspectos prácticos que él insta son lo que debilita la elección de un gobernador de Oriente. Sus lealtades nos son desconocidas. Cacio Clemente, sin ir más lejos, gobernador de Capadocia, fue uno de los hombres que colocaron a Maximino en el trono.

Pupieno no era el único que miraba ahora al hermano pequeño de Clemente. Cacio Céler permanecía sentado con recato varias filas más atrás, entre los antiguos pretores y otros senadores que no habían sido cónsules aún. Su rostro no traslucía nada. Se había dado mucha prisa en reconocer a los Gordianos. Muchas grandes casas habían tenido la previsión de colocar parientes en ambos bandos para sobrevivir a los tiempos revueltos.

—Aparte de eso, tenemos los factores del tiempo y la distancia. Con viento favorable, un despacho podría llegar a Siria en cuestión de días, pero por tierra o por mar, un ejército no podría regresar en meses. Tendremos a Maximino encima mucho antes. Debemos aclamar a uno de los nuestros. El Senado ya ha elegido al Consejo de los Veinte para que defienda la *res publica*. Deberíamos elegir de entre sus miembros.

Un murmullo grave de especulaciones inundó el templo.

Prosiguió Licinio:

—Una decisión de esta importancia no se ha de tomar por antojo. Propongo suspender la sesión, que dejemos un tiempo para una consideración detenida, intentar discernir la voluntad de los dioses y permitirnos llorar a los Gordianos con la debida devoción. El Senado volverá a reunirse en un día propicio, cuando los augurios sean buenos. Padres conscriptos, no os retenemos por más tiempo.

Se abrieron las puertas del templo. La luz inundó la celda y desterró la oscuridad a las vigas del techo, los rincones y los espacios rara vez frecuentados detrás de las estatuas.

Pupieno creía de forma decidida en las tradiciones del Senado, pero necesitaba estar a solas. Indicó a sus hijos que acompañaran a su casa al cónsul presidente como sus representantes y requirió a sus amigos para que se uniesen a él más tarde para cenar.

Los cerca de cuatrocientos senadores que habían asistido tardaron un rato en abrirse paso hasta la luz del sol. Algunos se demoraban por allí, charlando en pequeños grupos, observando a hurtadillas a los miembros de más elevado estatus e influencia. La intriga y la ambición, ambas en el corazón de su orden social, habían expulsado al miedo, al menos de momento. Muchos se quedaron mirando a Pupieno, que permanecía allí sentado e inmóvil, a solas.

Pupieno observaba a Marsias: desnudo, atormentado, las costillas en lo alto, la piel estirada, tensa y vulnerable. Sin forma de escapar del cuchillo. Marsias había desafiado a Apolo, y eso había supuesto su caída, lo había llevado a su horrendo final. Marsias no era el único al que había destruido la *ambitio*. Algunos filósofos la condenaban como un vicio, otros la tenían por una virtud. Quizá estuviese compuesta de ambas condiciones. Pupieno era ambicioso. Había llegado bien alto. Sin embargo, ¿sería la ambición últi-

ma —el propio trono— demasiado peligrosa para un hombre cuya vida estaba fundamentada en una mentira? Pupieno sabía que si se supiera aquel secreto que había guardado durante toda su vida, sus numerosos logros quedarían en nada, y él estaría arruinado, en su reputación y en riquezas.

El templo estaba prácticamente vacío, apenas restaban unos pocos asistentes que estaban despejando la parafernalia de la reunión. El secretario de Pupieno, Fortunatiano, estaba esperando en el umbral. Pupieno le hizo una señal para que se acercara.

Fortunatiano conocía bien a su señor. Sin mediar palabra, le entregó a Pupieno la tablilla para escribir y el estilo.

Pupieno abrió las tablillas abisagradas y estudió la cera lisa. La cabeza le funcionaba mejor con algo en lo que concentrarse, alguna ayuda visual a la memoria. Sólo nueve de los miembros del Consejo de los Veinte estaban en Roma. Cuando los demás recibieran las noticias, ¿les movería la ambición a abandonar sus puestos y a venir corriendo a la ciudad? ¿Qué había de Menófilo en Aquilea, o de Rufiniano en los Apeninos? Mejor dejarlos a un lado y hacer frente a aquellas circunstancias cuando se presentasen, si es que lo hacían. Por el momento, en Roma sólo había nueve hombres que reuniesen los requisitos necesarios para la elección, sólo nueve hombres en aquella situación extraña a los que se considerase capaces de gobernar. Los puso en orden y confeccionó una lista, comentada tan sólo en sus pensamientos.

Capax imperii

Aliados

Pupieno – prefecto de la ciudad, experimentado y lleno de recursos, acostumbrado a comandar, aunque sea un novus homo, al borde del precipicio.

Tineyo Sacerdote – noble respetable, padre de la esposa del hijo mayor de Pupieno, leal aunque falto de dinamismo.

Pretextato – otro noble, el poco agraciado padre de la poco agraciada prometida del hijo pequeño de Pupieno, un amigo más reciente cuya fidelidad aún está por demostrar, al parecer incompetente.

Oponentes

Galicano – cínico ladrador, violento e hirsuto.

Mecenas – su íntimo, quizá más aseado, pero intransigente aun así, por obra de sus filosóficas pretensiones de virtud.

Otros

Licinio – un novus homo griego, antiguo secretario imperial, inteligente y emprendedor.

Fulvio Pío – otro noble, antes contaba bien poco, aunque ahora crece su talla.

Valeriano – confidente de los difuntos Gordianos, no sin algún mérito, es un seguidor, no un líder.

Balbino – repelente mezcla de complacencia y codicia, como la mayoría de los patricios.

Tres, incluido él mismo, de los que cabría esperar que se decantasen por la candidatura de Pupieno. Se podía asumir que Galicano y Mecenas, cautivados por el sueño de la difunta república, se opondrían a cualquiera que aspirase al poder en solitario. Pupieno tenía que ganarse a dos de los cuatro restantes. Y, aun así, no se trataba únicamente de ellos: todo dependía de los votos que fuesen capaces de aportar. La cuestión se decidiría por decreto de todo el Senado.

¿A qué dos debería intentar ganarse?

Era mucho lo que hablaría en contra de Licinio ante los senadores más tradicionales: sus orígenes helenos —«Por naturaleza, los griegos no eran dignos de confianza»—, el puesto que ocupó en sus inicios —«Un secretario siempre a

entera disposición de otro»— e incluso su inteligencia: «Los griegos eran excesivamente listos siempre en su propio beneficio, y nunca, jamás se callaban».

Fulvio Pío tenía una extensa carrera a su espalda, además de un lejano parentesco con el emperador Septimio Severo. Los vínculos familiares y las propinquidades del cargo podrían decantar hacia él a unos cuantos en la Curia, pero ni de lejos los suficientes.

Valeriano había vivido el breve y malhadado régimen de los Gordianos desde su mismo núcleo. La muerte de los cabecillas le habría restado atractivo a su facción ante los ojos de la mayoría de los senadores. Aun así, había cuestiones que valorar más allá de la Curia. El propio Pupieno comandaba a los seis mil soldados de la cohorte urbana. Todas las demás fuerzas militares cercanas —los mil pretorianos y los siete mil hombres de los *vigiles* en Roma, además del millar de espadas de la segunda legión en los montes Albanos— estaban capitaneadas por oficiales équites, y todos ellos estaban ligados por vínculos clientelares a la *domus rostrata*, la noble casa de los Gordianos. De contar con Valeriano entre sus filas, Pupieno podría estrechar el nudo de una soga de acero en el cuello de la asamblea del Senado.

Y después estaba Balbino. Un rostro porcuno sobre un cuerpo grandullón y abotargado por toda una vida de indulgencia y obstinación malsana. Un espíritu en el que la estulticia competía con la zorrería y donde la indolencia profunda forcejeaba con una inmensa ambición. Era inconmensurable el desprecio que Pupieno sentía por aquel individuo. Y, aun así, Balbino era pariente de los divinos emperadores Trajano y Adriano, miembro de los Celios, un clan que se remontaba a la fundación de la república libre y, según contaban ellos mismos, iba más allá de la propia historia y llegaba hasta Eneas y los dioses. Con independencia de su carácter, los siglos de riqueza familiar y de

honores públicos, un atrio repleto de bustos ennegrecidos por el humo, le otorgaban a Balbino un estatus capaz de dirigir los votos de numerosos senadores.

Con frecuencia en política, las emociones había que dejarlas a un lado. Pupieno tendría que tolerar los comentarios despectivos y las pullas de los patricios. «En tu caso, Roma no tiene tanto de casa de huéspedes como de madrastra. Cautívanos con la historia de tus antepasados; háblanos de los logros de tu padre.» Ahora bien, ¿qué cebo podría ponerles Pupieno delante de aquellas fauces babeantes, qué premio que fuese tan deslumbrante como para poder penetrar en el letargo de Balbino e inducirlo a imponer a sus familiares, amigos y protegidos en la Curia que votasen a un hombre al que él consideraba un advenedizo, poco mejor que un esclavo?

Los honores de un emperador. Pupieno repasó la púrpura, el trono de marfil, el fuego sagrado. Se puede proseguir o cejar en un empeño personal, comprometerse en mayor o menor medida, pero en la consecución de un imperio no había término medio entre la cumbre y el abismo. Ser el emperador implicaba vivir sobre el escenario de un teatro público, hacer visible cada palabra y cada movimiento. No había máscaras. El ser interior y el pasado de uno quedaban absolutamente al desnudo. De hecho, un escrutinio demasiado meticuloso para un hombre con un secreto alojado a poco más de trescientos kilómetros de Roma. Si quería continuar adelante, Pupieno tendría que acudir a Volaterra una última vez y enterrar su pasado. Tal era la tarea que había rezado por no tener que acometer jamás. Toda decencia clamaba en contra de aquello, pero, para pujar por el trono, había que dejar las emociones a un lado.